

Revista de Cancioneros Impresos y Manuscritos

número 8 - año 2019

ISSN: 2254-7444

ARTÍCULOS

El *Juego trobado* de Pinar: la memoria cultural colectiva de las damas de la corte de la reina Isabel de Castilla en el año 1496

Roger Boase

1-22

***Punto en boca*, de Quevedo, según la versión del Ms. Corsini 625**

Patrizia Botta

23-49

Dos ejemplares recuperados del *Cancionero de Zaragoza* (92VC) con sorpresa inserta: unas desconocidas *Coplas del Quicumque vult* y dos nuevos fragmentos de *La Pasión trovada* y de la *Vita Christi*

Mercedes Fernández Valladares

50-106

Textos de difusión italiana en el Ms. Corsini 625

Aviva Garribba

107-127

Sobre la *Epístola proemial* y las obras poéticas de Onofre Almudéver

Joan Mahiques Climent

128-209

RESEÑAS

Las tres partes de la *Silva de varios romances* de Vicenç Beltran

Lilian Medina y Alejandro Higashi

210-220

El *Romancero del Cid*, recopilado por Juan de Escobar

Natalia Anaís Mangas Navarro

221-226

Los *Romances* de Lorenzo de Sepúlveda

Paola Laskaris

227-242

RESEÑA / REVIEW

EL ROMANCERO DEL CID, RECOPIADO POR JUAN DE ESCOBAR

THE ROMANCERO DEL CID, RECOPIADO POR JUAN DE ESCOBAR

Romancero e historia del muy valeroso cavallero, el Cid Rui Diaz de Bivar, en lenguaje antiguo, recopilado por Juan de Escobar, estudio de Alejandro Higashi, México, Frente de Afirmación Hispanista A. C., 2017, 424 pp.

Con el 50 aniversario de la fundación Frente de Afirmación Hispanista, celebrado en 2017, se publicaron varias ediciones facsimilares de romanceros, acompañadas todas ellas de un exhaustivo estudio preliminar. Vicenç Beltran ha llevado a cabo el análisis de la *Segunda parte de la Silva de varios romances* y de la *Tercera parte de la Silva de varios romances*, ambas impresas en Zaragoza, en 1550 y 1551 respectivamente; Paloma Díaz-Más, por su parte, se ha encargado del *Cancionero de Romances* publicada en 1550 en Amberes. Asimismo, Labrador Herraiz y Di Franco editaron el *Romancerillo del siglo XVI*, mientras que a Piñero Ramírez y José Manuel Pedrosa les debemos *El romance del caballero al que la muerte aguardaba en Sevilla: historia, memoria y mito*. Destacan también las publicaciones de este año, como el estudio de Mario Garvin sobre los *Romances nuevamente sacados de historias antiguos por Lorenzo de Sepúlveda* o el de *Rosas de romances*, de Vicenç Beltran.

La línea de trabajo en la que se enmarcan estas investigaciones se remonta a la década de los 70, donde se empezó a plantear un nuevo análisis de los romanceros enfocado, principalmente, al estudio de las fuentes impresas y los criterios editoriales, tal y como puede verse en los trabajos de García-Valdecasas Jiménez o Díaz Roig (1976), Pedro M. Piñero (1989), Paloma Díaz-Mas (1994) o Giuseppe Di Stefano (1993). Pero las investigaciones de este último ahondaron más allá, ya que se centró en la transmisión textual del romancero, aspecto que le llevó a comprobar las variantes que existían entre unas fuentes impresas y otras, muy alejadas de las variantes que podríamos advertir en la tradición oral. Este aspecto abrió una nueva línea de investigación, basado en el romancero como un género editorial consolidado, y que

Di Stefano culminó con la publicación de otro trabajo, en el que corrobora todas las hipótesis planteadas casi 20 años atrás (*Romancero*, edición, introducción y notas, Madrid, Castalia, 2010).

Alejandro Higashi, adoptando esa perspectiva, nos presenta en este libro un minucioso estudio sobre el primer romancero articulado en torno a la figura de Rodrigo Díaz de Vivar. Para que podamos entender las claves del éxito que supuso tal publicación, Higashi se remonta a toda la trayectoria, tanto textual como editorial, que fue siguiendo la historia de nuestro héroe épico nacional dentro del romancero. Si bien el *Cantar de mio Cid* es la fuente a la que más acceso puede tener el lector moderno, lo cierto es que el público de los siglos xv y xvi pudo conocer a Rodrigo Díaz de Vivar a través de varias fuentes, como podían ser las crónicas o el teatro.

Pero el medio de difusión más destacado fue el romancero, cuya máxima representación de este género llegaría a principios del siglo xvii con la *Hystoria del muy noble y valeroso cavallero el Cid*, impresa en Lisboa en el año 1605. Es importante señalar la presencia de tres series derivadas de este *Romancero*: la serie de Lisboa, formada por las ediciones de 1605, 1611, 1615 y 1650; la serie de Córdoba, constituida por las ediciones de Córdoba (1610), Sevilla (1639), Cádiz (1664) y Sevilla (1682) y, por último, la serie de Alcalá, que fue la más difundida de todas y cuya primera edición se publica en el año 1612. Tanto la edición facsimilar como el estudio que nos ofrece Higashi pertenecen a esta edición impresa en Alcalá de Henares.

La intención primera de Alejandro Higashi en este trabajo es mostrarnos qué lugar ocupaba la historia de Rodrigo Díaz de Vivar en otros romanceros impresos y cómo se fue fraguando paulatinamente un verdadero romancero cidiano, mostrando las variantes entre unos repertorios y otros.¹ En el *Cancionero de romances* (ca. 1546) impreso en Amberes, Martín Nucio —y tomando como base los primeros pliegos

1 El propio autor nos remite a dos trabajos suyos que son de gran ayuda en este aspecto, a saber «Imprenta y narración: articulaciones narrativas del romancero impreso», en Marta Haro Cortés (ed.), *Literatura y Ficción: estorias, aventuras y poesía en la Edad Media*, 2015, pp. 627-641 y «El romancero artificioso y erudito en la formación del ciclo sobre el Cerco de Zamora», *Stvdia Zamorensia*, 15, 2016, pp. 103-115.

sueltos— ordena los romances referentes a la historia de España cronológicamente por reinados. Respecto a la figura del Cid, este criterio, nos deja entrever que el héroe es el protagonista de la serie de romances de los reinados de Sancho II y Alfonso VI, aunque, carece de un núcleo narrativo en su conjunto, lo que le lleva en la edición de 1550 a ordenar los romances por su cronología interna, dispuestos, como apunta Higashi, en «una serie de microsecuencias solidarias» (p. 26). Fue necesario, por tanto, reinvertir el orden de algunos romances en la edición de 1550, con la finalidad de organizar dichas microsecuencias por afinidad temática.

La idea de seguir la organización dispuesta en los pliegos sueltos no fue la única opción en aquel momento. Prueba de ello es la labor que llevó a cabo Lorenzo de Sepúlveda en los *Romances nuevamente sacados de historias antiguas de la crónica de España*, donde abandona la cronología de su fuente histórica —*Crónica de España* de Florián de Ocampo— y estructura los romances primero por ciclos y después atendiendo a una finalidad lúdica. La *princeps* de este romancero, perdida a día de hoy, no nos permite conocer la organización primitiva, pero disponemos de dos ediciones más derivadas del romancero de Sepúlveda.

Una de ellas, a cargo de Martín Nucio y sin fecha de impresión, vuelve a estar organizada en grupos de romances bajo el nombre de sus protagonistas —siguiendo la línea de sus ediciones del *Cancionero de Romances*—, añadiendo títulos descriptivos de los mismos, pero carentes de desarrollo narrativo. La otra edición, publicada en 1551 en Amberes por el compilador Juan Steelsio, se caracteriza por una evidente *variatio*: podemos advertir que su finalidad no es presentarnos la historia de un personaje concreto, sino ofrecernos aquellas secuencias narrativas que no habían sido transmitidas por la tradición, ni en los pliegos sueltos ni en los romanceros conocidos hasta la época. Como bien explica Higashi en el caso concreto del Cid, la intención de Steelsio fue «llenar las lagunas dejadas por lo que entonces se conocía de su historia dentro del *corpus* del romancero impreso» (p. 37).

Los proyectos de un cancionero cidiano que siguieron a estas ediciones tomaban como base, en cierta medida, uno de estos modelos organizativos, bien el de Steelsio o bien el de Lorenzo Sepúlveda, aunque destaca una edición impresa en Alcalá en 1563, titulada *Recopilación de romances viejos*, donde se aúnan en el mismo volumen los romances sobre el Cid presentes tanto en el *Cancionero de romances* de Nucio de ca. 1546 como los de Sepúlveda. Posteriormente, debemos destacar otros proyectos, como la segunda parte de la *Rosa española* de Timoneda, impresa en 1573. Al estilo de Martín Nucio, Timoneda acumula romances sobre el Cid sin tener en cuenta los núcleos narrativos.

A finales del siglo XVI, parece que compiladores e impresores comienzan a plantearse la idea de unificar bajo un mismo volumen la historia de un personaje. En este punto, Higashi nos da a conocer dos pliegos sueltos que bien pudieran ser el punto de partida de lo que acontecerá pocos años después. Uno de ellos, titulado *Tres romances del Cid* podemos considerarlo el origen del trabajo que caracterizará la ingente labor llevada a cabo por Juan de Escobar: la voluntad de unir el romancero viejo con el nuevo. El otro pliego suelto, que contiene seis romances sobre el Cid, se desliga, en parte, de su carácter unitario, ya que nos ofrece un hilo narrativo por cada par de romances, y no el mismo de principio a fin.

Estos dos pliegos sueltos carecen de fecha, pero Rodríguez Moñino propone el año 1600, lo que nos permitiría explicar los mecanismos posteriores a los que recurren los impresores del romancero nuevo: unir todos los romances del Cid en la misma sección del volumen. Pese a esto, Higashi no descarta que el origen de esta organización sea la imitación de una *príncipeps* no conservada a día de hoy, anterior a la primera edición de Lisboa publicada en 1605 (p. 50).

Toda esta trayectoria editorial emprendida por impresores y compiladores culminó con la publicación del primer romancero unitario en cuanto a su narrativa, donde los romances se suceden de manera cronológica; sin embargo, si atendemos al estilo de los mismos, Juan de Escobar no duda en escoger para su obra tanto romances

viejos como nuevos, épicos o líricos. La edición de Lisboa de 1605 contiene 96 romances y la de Alcalá de 1612 la conforman 102, caracterizados todos ellos por haber tenido una transmisión individual, fuera de un entramado narrativo. Otra diferencia notoria es que los romances de la edición lisboeta van precedidos por un título descriptivo, relacionado con el contenido del romance, cumpliendo así con su función de guía de lectura; mientras, en la edición de Alcalá, encontramos únicamente la numeración ordinal que Escobar asigna a cada romance.

Pero la diferencia más notable la encontramos ya en el título de ambas ediciones: la edición de Lisboa se titula *Hystoria del muy noble y valeroso cauallero el Cid Ruy Diez de Biuar*, mientras que la edición de Alcalá añade la connotación de *romancero* al principio. Para Higashi, el cambio de título es necesario, ya que la edición de Lisboa podría dar lugar a confusión, considerando que nos encontramos ante un texto en prosa. Por tanto, la edición de Alcalá, titulada *Romancero e historia del muy noble y valeroso cauallero el Cid Ruy Diez de Biuar* se ajustaba mucho más al nuevo producto editorial, que daba la espalda a todas las composiciones misceláneas que se habían publicado hasta entonces.

Tras repasar las características principales de la estructura organizativa de la edición de Lisboa de 1605, Higashi se centra en la edición de Alcalá de 1612, donde nos presenta, con una magnífica exposición, todas las particularidades de esta obra, incluyendo, además, un estudio material del impreso. Para entender la organización de los romances en esta edición, es necesario conocer las tendencias que seguía Escobar en su trabajo como compilador. Si se trataba de romances viejos, Escobar prefería indagar en las colecciones más cercanas a él, tanto en el tiempo como en el espacio, como el *Cancionero de romances ca. 1546*, las obras de Guillermo de Miles, la *Rosa española* de Timoneda (1573) o la *Silva de varios romances* (1588). En cuanto al romancero nuevo, Higashi destaca la preferencia de Escobar por la *Flor de varios romances*, en lugar del *Cancionero General*, así como su desconfianza hacia las versiones que se transmitían en pliegos sueltos y manuscritos.

El trabajo que realiza Higashi a partir de este punto es digno de mención. Nos ofrece una descripción de los romances que conforman la obra de Escobar, atendiendo a las fuentes, al medio de transmisión y a la forma en la que el compilador organiza cada uno de ellos —donde en algunos utiliza el recurso de la glosa—, prueba todo ello de una finalidad clara: presentar la historia de Rodrigo Díaz de Vivar desde una perspectiva histórica y con un afán nacionalista. Pero no fue únicamente este aspecto el que le garantizó el éxito a Escobar; las claves del triunfo de esta publicación fueron dos: por un lado, el hecho de presentar una historia sobre el Cid desde un punto de vista poético, dejando de un lado las crónicas; por otro, romper con la tendencia miscelánea que hasta entonces había caracterizado a los cancioneros y romanceros, iniciando así un nuevo camino editorial.

Natalia Anaís Mangas Navarro
Universitat d'Alacant
nataliamangas_4@hotmail.com